



Edición 20
Julio-diciembre 2024
E-ISSN 2389-9794

20
años

Cuento
¿Desmemoriadas anónimas o
anónimas desmemoriadas?

Susana-Ynés González-Sawczuk







Cuento ¿Desmemoriadas anónimas o anónimas desmemoriadas?

Por Susana-Ynés González-Sawczuk*

Y fue así... como formamos el grupo “desmemoriadas anónimas ¿o anónimas desmemoriadas?” bueno, no importa. Surgió de un desencuentro programado por los olvidos al ataque que sufrimos —en diferentes variantes—, cada una del grupo. Aclaro que la mayoría son sesentonas de la misma edad y yo apenas cuatro años más joven. Fue el día... ¿el día?... sí ya lo encontré: el 20 de junio (así estaba: marcado y con resaltador en el almanaque/ anotador inmenso, que tengo colgado en la pared del living, con buena luz y cerca de una lupa). Es importante anotar todo... todo... todo... —no en papelitos que se vuelan, que se tiran; mejor en una agenda o en un gran almanaque o en un cuaderno, o en varios por si lo perdés. Bien, fue cuando Laura se fue —en el día de nuestro encuentro y en ese horario—, a la dentista ¿o a la peluquería?... bueno, no importa; lo cierto es que le perjuró (a la dentista o a la peluquera, es lo mismo) que la cita estaba coordinada hace tiempo. Y recibió, con paciencia y ayuda fraternal, la confirmación de que hace más de un año que no tienen cita. En fin, por lo menos no perdió el tiempo y marcó la próxima cita por cortesía —que obvio, se le olvidó— y no se disculpó, por vergüenza. Pero, también, Clara y Silvia no vinieron, y después nos enteramos que Clara le insistió a Silvia que la cita era en la confitería Antón, del shopping El Dorado, y ahí se quedaron... esperando... cuando el celular de Norma las ubicó en tiempo y espacio. En fin, cita perdida y amigas desperdigadas por ahí, pero... pero al tiempo algunas inquietudes y reflexiones empezaron a elucubrarse.

Y fue, cuando logramos, por fin, encontrarnos ¿en la pizzería de don Julio... o en la cafetería del parque?... bueno, no importa, lo cierto es que estábamos todas juntas... ¿estábamos todas?... no, no, creo que faltaba Norma... no, Norma llegó más tarde poque la llamamos... se había olvidado. Y fue en ese encuentro que empezamos, casi por

1. * Doctora en Letras por la Universidad de Sao Paulo, Brasil. Profesora Titular del Departamento de Estudios Filosóficos y Culturales de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.  <https://orcid.org/0000-0001-7003-2372>  sigonzal@unal.edu.co





contagio, a desmarañar algunas de nuestras incontables pérdidas. Sin embargo, nada es trágico porque no se trata del horror de la memoria en blanco, de la pérdida del ser en la ausencia de palabra.... no, no... se trata de rituales de pérdidas constantes, en cadena y sin pausa, significa asistir (como en tercera persona) y observar —con cierta distancia— cómo al pasar de los días, de las horas, de los minutos: se esfuman, se esconden, desaparecen —y entre cuatro paredes, incluso—, objetos varios: el papelito con el teléfono que acabo de anotar y desapareció, tarjetas de crédito, de débito, credenciales, palabras, nombres propios, llaves, otras nuevas tarjetas de otro crédito y de débito, carnet de conducir, recetas médicas, y nombres propios... varios: de nuestra actriz preferida, de una canción... del portero que vemos todos los días, de la vecina de al lado, del remedio que tengo enfrente y no sé si ya lo tomé o no... en fin. Y, entonces, se activan alarmas de elucubraciones nunca resueltas y es muy interesante porque ciertas dosis de análisis hipotéticos deductivos e inductivos o progresivos —regresivos o lluvia de ideas o meditación trascendental, o paciencia budista se van, y se van literalmente: *a la mierda*. Así: “dudo, luego existo” es nuestro karma diario: ¿tomé la pastilla para la presión? A ver... creo que la puse encima de la mesa... no, no está, entonces la tomé ¿y el vaso?... no, no veo ningún vaso... así que no la tomé... y si la tomé con un sorbo de agua de la botella, por las dudas tomo media. Y así, como desaparecen/ aparecen en otros sitios: el vaso está en el baño... ¿qué hace el vaso en el baño? Y se van acumulando tanto las pérdidas como esas apariciones repentinas (tipo epifanías), y esto es muy significativo porque en ambos movimientos de presencias o ausencias, objetos múltiples y variados, ya casi resignados al total olvido, se presentan o a la inversa, se evaporan. Es como una aventura que nos sorprende todos los días, y de ahí el magnánimo reproche: ¡carajo! ¿dónde te metiste... que tanto te busqué? puede ser una pincita de depilar (insustituible: siempre), puede que sea la tarjeta con el dato de un médico que ya no sabemos quién nos la dio o una receta de remedio que nunca consumimos... en fin, y así va pasando el tiempo.

Ahora bien, pensemos rápido para no perder el hilo de la cuestión: si algo nos une es la seguridad, la tozudez, de mantener nuestros desencuentros, olvidos, como una constante... no hay solución: convivimos en esa aventura y nos consolamos mutuamente. No es grave, sólo María Moliner pudo recuperar millones de palabras de nuestra lengua en más 3.100 páginas y ¿Cómo nosotras no vamos a poder perder “algunas”, entre esos millones de palabras y... hasta objetos varios?

Lo único que no podemos perder es el buen humor, nadie como nosotras, para burlarnos de nuestras propias miserias. Por ahora, las dejo... me tengo que ir porque llego tarde... ¿a dónde? Ehh... ya me acordaré...